

pueblo, al que ha llevado a la literatura en sus libros "La cuna de Esmeraldo" y "El Roto", que obtuvieron estruendoso éxito en su época. En una de sus crónicas dice que: "El tipo de la gente popular y sus manifestaciones más expresivas han sufrido de burlas y de desprecios. Estas burlas serían criminales y odiosas si la parte de la aristocracia culpable de ellas hubiera tenido responsabilidad. La verdad es que dicha clase carecía de talento y de maldad. Las expresiones denigrantes para la masa popular provenían de un sector femenino frívolo e indiferente" (pág. 134).

De la lectura de sus libros y crónicas se desprende que odia a la hipocresía con la misma intensidad que ama a la franqueza. Es también un fervoroso pacifista que se burla sin reparos del militarismo que ha causado tanto daño al mundo y a las pequeñas naciones americanas que viven en mutua desconfianza: "Actualmente Chile costea generales y almirantes como una nación de ochenta millones de habitantes. Somo solamente seis" (*El problema permanente*", publicado en 1956).

Sería tarea demasiado larga citar trozos o frases de sus sabrosas crónicas en las que abundan las críticas a la sociedad. Pero no todo es cáustico en su obra. Es amenísimo cuando nos relata recuerdos de sus viajes, de su juventud, de acontecimientos en los cuales fue protagonista o testigo en calidad de periodista. Su estilo es fluido, torrentoso, sin cuidarse mucho de pulir las frases. El lector no lee sino devora las páginas, acicateado por la claridad del pensamiento, la ausencia de poses literarias, el interés y la amenidad del estilo. Pocos escritores, en Chile, han conseguido mayor número de lectores espontáneos, que buscan sus artículos en las columnas de los diarios o en las páginas de sus libros.

Joaquín Edwards, según propia confesión, es un hombre independiente, alejado de la política activa, de las capillas literarias, de los organismos gremiales. Ello le concede una indiscutible autoridad para enjuiciar a hombres y acontecimientos con objetiva franqueza e imparcialidad, y esa es una de las razones que conserve, a través de los años, una gran masa de lectores devotos de sus crónicas.

Podríamos decir mucho más en torno a su libro y a su autor. Bástenos agregar, para concluir, que *Crónicas* nos pone en contacto con un espíritu selecto, que ha enriquecido la literatura nacional con obras que permanecerán en primer plano en el transcurso de los años, y que ha escrito y sigue escribiendo crónicas que reflejan, en hondura y extensión, la personalidad de nuestros hombres y las principales características del alma nacional.

GONZALO DRAGO

<https://doi.org/10.29393/At405-89FBEM10089>

*Los feroces burgueses*, de LUIS MERINO REYES

Luis Merino Reyes es un intelectual de oficio. Ensayista, novelista y poeta, dicta además clases de Literatura Chilena en Institutos u organismos culturales. Es un especialista serio y acucioso de nuestras letras. Sus clases son

ordenadas, amenas e instructivas. Maneja la palabra y el tema. Su poesía es fina, delicada, de corte romántico. Dedicó poemas al amor y a la causa social. Su prosa es cuidada y en sus novelas de tipo realista, retrata con minuciosa exactitud algunos rasgos de la clase media chilena. Este es el tema de su reciente novela: *Los feroces burgueses*. Hay malicia para enfocar los caracteres, chatos, tratando de subsistir en un medio sin mayores horizontes, ensombrecidos todos por los problemas económicos mínimos y el erotismo como válvula de escape. Sus figuras femeninas son menos reales que algunos caracteres masculinos. Los seres en esta novela de Luis Merino desfilan como brochazos, nos muestran un trozo de sus vidas, sus angustias y luego desaparecen. Son estampas reales de una clase que se asfixia, que no vive, sino vegeta. El no censura ni moraliza, solamente describe, leal con su realidad íntima, pero describir las limitaciones, las inhibiciones de esta clase, abre las puertas a la crítica social. Esta clase media esforzada, luchando heroicamente por subsistir con decencia dentro del sistema capitalista, ha limado sus alas en la lucha, vencida por las necesidades más mínimas.

El personaje de *Los Feroces Burgueses* habla en primera persona: "Mi familia es respetuosa de los títulos. Está en el límite social de una alta burguesía y no constituye aristocracia, indudablemente, pero no se nivela con el pueblo rústico y directo.

"Una tía murió muy viejecita y que tenía la sensación de haberme dado a luz, a despecho de mi pobre madre, me dijo, hasta el fin de sus pulsos, que no se resignaba de no verme con un título, aunque fuere el de bachiller de humanidades.

"Pero antes de morir, la buena anciana me dijo: ¡Vuelve a Dios, te lo ruego, no me conformo con que te hayas apartado de Él! Una parte de Dios era para aquella noble muribunda, la obtención de mi título profesional".

El cuidado de lo externo, guardar las apariencias, es una de las más típicas reacciones de la burguesía. El hombre se apertrecha en títulos, la mayoría de las veces ajenos al deseo y aptitudes interiores. Tener un título profesional es como una patente de dignidad social para los seres convencionales. No tanto por la función social que se va a desempeñar en el grupo humano, sino por representar algo establecido, que salva la apariencia. La verdadera libertad está limitada por los prejuicios y el problema económico. El individuo no elige su destino. Se lo impone las limitaciones de todo orden del medio en que actúa.

Encajonado por lo externo, el ser padece la cupa que le invade luego de tratar de liberarse del marco en que se consume: "Siempre he pensado que el acto de beber es impuesto por una angustia interna, por la necesidad de acallar la conciencia que hace sufrir tanto, por el imperativo de hacer una trampa al tiempo inexorable".

Sus relaciones sentimentales son esporádicas, algo triste y desencanta-

das. El personaje no se adhiere a nada ni a nadie. La vida y los seres pasan por él que los observa como eterno espectador.

Con Armida tuvo una relación sentimental. He aquí un triste desenlace:

"Nunca supe que Armida me hubiera llamado o que dejara un recado telefónico en mi casa, hasta que transcurridos unos meses, me encontré bruscamente con sus ojos en un café céntrico. Ella estaba con un hombre muy viejo y gordo, uno de esos galanes que salen como nodrizas y machos malhumorados, al mismo tiempo a comer y a murmurar con las mujeres. Como yo tampoco iba solo, Armida me saludó muy amablemente, a pesar de su necesaria contención. Después no supe nada más de ella, hasta que una mañana, antes de las siete, cuando leo ávidamente el diario buscando algo fenomenal, alguna proeza astronáutica, ví su nombre en la página de la gente muerta.

"La despedían solo sus hijos, sus yernos y sus nietos".

La estrechez económica pesa sobre el personaje, limitándolo en sus ansias de vida. Hay instantes en que la rebelión también se expresa:

"Y al mismo tiempo se imponía sobre mí la prohibición de hacerlo, con la certeza de que cada centavo que gastara con Hilda, era una merma para el consumo de mi mujer y mis hijos, un razonamiento de un hombre cuerdo o un avaro.

"¿O acaso sería todo el fruto de mi abúlica pobreza, de mi necesidad frenada siempre por el orgullo de pedir, de insinuar otras posibilidades de trabajo? Además, estaba ahito con los bellacos, fatuos y necios, en su mayoría que se daban facha, en sus confortables oficinas, a propósito de una insinuación mía; la publicación de una nueva revista, la edición de un libro de oro para los emigrantes de otros países, el comienzo de una serial de novelas de ciencia ficción. Todas cosas posibles en un país con menos tristeza, que no estuviera entregado a la misma gente directiva, siempre amable, discreta y tramitadora, con seres jóvenes a su servicio, aniquilados en la mantención de planes rígidos, propios de una estructura feudal".

A través del desarrollo de la novela el personaje va mostrándonos esta permanente insatisfacción con los límites arbitrarios y falsos en que se ha encasillado la vida que lo rodea. El se libera por instantes, pero siempre algo lo vuelve al sitio de origen. La escasez de dinero o el angustioso sentido de culpabilidad que lo inhibe para emprender grandes vuelos. Está atado a pesar suyo. El se observa y se padece. Sus descripciones son veraces y muestran una faceta de la burguesía, con sus angustiosas limitaciones.

*Los Feroces Burgueses*, de Luis Merino Reyes, son una crónica fiel de una realidad social que el escritor nos enseña a comprender mejor.